

EL PERRO FERROZ

Por *Evelyn Wilson*

WALTER salió por la puerta de atrás de la casa nueva a la cual acababan de mudarse. En el patio había una hermosa caja de arena protegida por una gran sombrilla rayada, de color rojo y blanco. Walter se dirigió a la caja de arena, y se metió en ella. "¡Qué lugar para jugar!" pensó. Luego decidió ir a buscar sus juguetes y ponerlos en la caja de arena. En eso oyó un gruñido proveniente del patio de al lado. Walter levantó la vista y vio que había allí un perro de aspecto feroz. Walter salió apresuradamente de la caja de arena y corrió a la casa.

Unos instantes después regresó con su papá.

-¿Ves ese perro grande y feroz? Me asustó -dijo Walter, sin soltar la mano del papá.

-No te preocupes por el perro, hijo -dijo el papá-. Está atado y no puede soltarse.

Pero a Walter le preocupaba el perro. Ni siquiera quería ir a jugar a la caja de arena cuando el perro

estaba en el patio de la casa de al lado. De modo que el papá construyó una cerca alta entre los dos patios. Después de eso Walter jugó sin preocuparse por el perro.

Unos días después, unos obreros estaban dando los últimos toques a la casa nueva que había al otro lado de la casa de Walter, o sea en el lado contrario al que vivía el perro. Los hombres pintaron la casa y colocaron las telas metálicas.

También pusieron una caja de arena en el patio. Entre los dos patios no había ninguna cerca, de modo que Walter podía ir y jugar en la otra caja de arena.

-Walter -llamó la madre-, debes venir a jugar en tu propio patio. La caja de arena que hay en el otro patio es para que juegue algún otro niño. Esa caja pertenece a la casa de aliado.

-Entonces no dejaré que nadie de esa casa venga a jugar a mi caja de arena -anunció Walter.

-¿Por qué? Puede ser que el niño que se mude allí, te guste. No obstante, para ir a jugar allí, tú tienes que esperar a que te inviten.

Walter se quedó pensando en que quizás pasaría mucho tiempo antes de que alguien se mudara a esa casa.

Finalmente llegó una familia que tenía una niña de cabello largo y dorado. Esta lo miró y le sonrió.

Walter no sabía qué decir. Quería ser amigable con ella, pero recordó lo que su madre le había dicho, que debía esperar a que lo invitaran para ir a jugar a esa casa. Luego se le ocurrió: "¿Y si yo la invito a ella?"

Acercándose adonde ella estaba la invitó a ir a jugar con él.

-¡Oh, gracias! Le preguntaré a mamá -dijo la niña, corriendo a la casa.

Walter esperó, y pronto Ana (que así se llamaba la niña) salió y se encaminó a la caja de arena de Walter. Y los dos comenzaron a jugar juntos. Hicieron montañas y valles, y plantaron en la arena ramitas de flores que hacían de árboles.

Los dos niños pasaron muchas horas felices en la caja de arena de Walter y también en la de Ana. A veces oían al perro feroz que gruñía en el otro patio, pero eso no los preocupaba. . .

Un día Walter trajo su camión cargador.

-Walter -le rogó Ana-, déjame ver si puedo cargar el camión.

-se negó Walter y agarró su camión-. Esto no es para niñas.



-No te lo voy a romper -explicó Ana sacudiendo la cabeza.

-No me importa. Esto no es para niñas.

Ana se estiró para tocar el camión, pero Walter le pegó en la mano.

-Tú no puedes jugar con él -le dijo y le volvió a pegar en la mano.

Ana se echó a llorar y se fue corriendo a su casa.

-Yo no voy a dejar que ninguna chica juegue con mi camión -dijo Walter muy enojado, apretándolo contra su pecho.

Durante el resto de ese día Walter jugó solo. No se divirtió mucho. Pasó mucho tiempo sentado en el borde de su caja de arena. En todo el día no vio a Ana. Esa tardecita, mientras recogía sus juguetes de la caja de arena, vio que el vecino, el padre de Ana, medía la medianera. Walter corrió a la casa para buscar a su mamá.

-Qué está haciendo el papá de Ana? -preguntó.

-Me parece que va a levantar una cerca como la que nosotros levantamos entre nosotros y el perro feroz.

-¡Oh, mamá!, ¿acaso soy un muchacho feroz? -preguntó Walter al recordar cuán poco amable había sido con Ana.

-No, tú no eres un muchacho feroz, por lo menos no lo eres todavía. Puedes llegar a ser muchacho feroz, a quien haya que encerrar detrás de una cerca, o puedes ser un buen vecino que comparta sus juguetes con sus amigos. Tú eres quien tiene que decidir cuál de los dos quieres llegar a ser.

-Quiero ser un buen vecino -dijo él.

-En ese caso iremos a la casa de Ana y si quieres puedes pedirle perdón por la forma brusca en que la trataste.

Antes de mucho, Walter y la mamá estaban frente a la puerta de Ana, y la mamá de ésta salió a atenderlos. Walter notó que Ana se escondía detrás de la falda de su mamá, y le pareció que lo miraba con el mismo temor con que él había mirado al perro feroz de los vecinos. Entonces Walter se adelantó, y le tendió la mano.

-Te ruego Ana que me perdones por haber sido tan malo -dijo-. Quiero que vengas a mi casa para mostrarte cómo manejar el camión.

Después de expresar su pesar por lo que había hecho, se sintió mucho mejor. Y sonrió cuando Ana se adelantó y también le tendió la mano.